

A woman with dark hair, wearing a white lace dress and a crown of purple flowers, is sitting on stone steps. She is looking down and to the side with a thoughtful expression, resting her chin on her hand. The background is a blurred outdoor setting with greenery.

Cásate con
mi hermana

Corin Tellado

Omar amaba a Nona. Se casó con ella sabiendo que pensaba en otro, que nunca sería realmente suya. Al poco tiempo de casarse descubrió que la frialdad con la que le trataba escondía algo, que la mujer que tanto amaba era distinta de lo que él había pensado, y que Eric, hermano de Nona y amigo de Omar, era en gran parte responsable de la tristeza de la mujer con la que estaba decidido a compartir su vida.

*Si supiéramos cuántas y cuántas veces
se entienden mal nuestras palabras,
habría en este mundo mucho más silencio.*

O. GLÁSER

1

Eric Jordán se quedó mirando a su amigo Omar Fox con expresión reluciente. A la vez dejó su sillón giratorio, dio la vuelta a la mesa de su despacho y salió al encuentro de su amigo.

—Omar, Omar... ¿dónde demonios te metes? Hace más de tres semanas que no vienes por Manhattan. A punto estuve de ir con Helen este fin de semana a Nueva Jersey para verte —se abrazaban y se palmeaban la espalda mutuamente—. ¿Qué ha sido de tu vida? Llamé a tus oficinas de Manhattan. Pero me dijeron que desconocían tu paradero. Después llamé a tu despacho de Nueva Jersey, y me contestaron otro tanto. Y no me conformé con eso, pues ayer mismo Helen te llamó a tu residencia de Nueva Jersey, y le dieron la misma respuesta. Ese ha sido el motivo de que desistiéramos del viaje. Pero, ven, ven. Sentémonos cómodos y tomemos una copa. Hoy no podrás ver a Helen, a menos que vengas a casa. Está muy resfriada. Ha preferido guardar cama. Pero dime, dime, ¿de dónde sales?

Se sentaron ambos en un cómodo sofá. Pero Eric, nervioso como era, se levantó de nuevo y se dirigió al bar empotrado en la pared y que hacía juego con un mueble de estanterías lleno de libros y archivos.

—Tomaremos un *whisky* mientras me cuentas —exclamó, al tiempo de servir sendos *whiskys* en dos vasos anchos y cortos—. Toma —ya, de nuevo, a su lado—. Cuéntame, Omar. Es raro que te hayas ido sin decir ni adiós. Solo supe de tu viaje por la prensa. «El gran magnate del petróleo en su yate privado y con rumbo desconocido» —repetía, gangoso, como si aún estuviera leyendo la prensa—. Pero eso lo supe hace dos días, y te pasaste quince en silencio.

Omar, tranquilo, campechano, de aspecto flemático, se llevó el vaso a los labios sin dejar de sonreír.

—Todo lo dices tú, Eric; no dejas que yo intervenga. Lo decía la prensa, y es cierto. Me harté de trabajar, subí al yate y dije a mi gente: «sin rumbo». Y es lo que hice. Mírame. Estoy bien negro del sol; relajado y distendido. Purificado por el aire libre y el salitre del mar. Estuve navegando por el Caribe, y me sentó de maravilla. No es que sea muy viajero, pero... llevaba demasiado tiempo atrapado por los negocios. Llegó un momento en que me dije: «Omar, se acabó. Un viaje por mar te sentará bien». Dejé las oficinas de Manhattan y las de Nueva Jersey, y me olvidé del petróleo, de las refinerías, de mi ganado vacuno, de mis cosechas... y de todo el tinglado que me tenía harto. Y aquí estoy de nuevo —miraba en torno—. Tú, siempre atado a tu mesa, a tus fábricas textiles, a Helen y a ese deseo tremendo de tener un hijo.

Eric entornó los párpados. Era un tipo fuerte, de gran compostura, atlético. De pelo castaño claro, ojos pardos o azules, pues su color cambiaba según el día, el humor o la situación de sus negocios. Contaba treinta años. Eso lo sabía Omar, porque él, con tres menos, siempre fue amigo de Eric. Cuando este vivía en Nueva Jersey, y cuando años antes decidió levantar los ruinosos negocios de su padre en Manhattan.

—Pero ya vuelvo a la brecha —añadió Omar, saboreando el *whisky*—. Ya me tienes por estos lugares para rato.

Los negocios no pueden dejarse así como así. Al regreso, siempre te topas con algún problema. Aunque siempre son fáciles de subsanar —y, sin transición, añadió—: Dices que tu mujer está resfriada... Mucho tiene que estarlo para quedarse en casa cuando todos sabemos que es tu más fiel colaboradora.

Eric arrugó el ceño.

—No es solo eso, Omar. Está resfriada, por supuesto, pero... hay más. Lo de siempre, ya sabes... Nona así, Nona andando. Nona es la persona más fría y más poco comprensiva que he conocido. ¿Qué podría hacer para que Helen y Nona se entendieran? Pues nada. No es posible. Además, Helen me ha puesto en la disyuntiva. O ella o mi hermana.

Omar bebió otro trago. Se diría que, al oír el nombre de Nona, todo él se agitaba, aunque lo disimulase.

No era muy alto, aunque tampoco pasaba por bajo. De negro pelo abundante, de negros ojos y piel cetrina. Eric pensaba que la ascendencia de Omar se delataba por si sola. La ascendencia italiana siempre se manifiesta cuando existe, y en Omar existía y, además se manifestaba. No era un hombre bello, pero si arrogante e interesante. Vestía de *sport* en aquel momento. Un estilo muy propio de su amigo Omar. Pantalón *beige*, camisa cremosa, cazadora de ante marrón, y calzaba zapatos color avellana de muchos agujeritos, de suela fuerte y de buena artesanía.

—De todos modos —dejó caer con lentitud—, Nona se casará pronto. Así Helena se quedara tranquila.

—¡Ah! Pero ¿no sabes?

—¿Saber qué?

—Bueno, por lo visto, en estos quince días que has estado lejos de nosotros, han sucedido cosas desconcertantes. Y de ahí procede la ira de Helen. Tú sabes, Omar, que mi mujer es una bella persona. Daría cuanto es por los demás. Y sabes, asimismo, que al fallecer mi padre hace unos años, me lo dejó todo embarullado, y lleno de deudas. Si

no fuera por Helen y su padre, yo jamás hubiese podido levantar la cabeza. Hoy soy uno de los industriales más ricos de Manhattan, y eso se lo debo a ellos. ¿No es así?

—No es una novedad, Eric. Pero... ¿qué tiene que ver eso con lo que me preguntas si sé y, por lo visto, ignoro?

—¿Por qué no almorzamos juntos? Llamaré a Helen, y le diré que no voy a almorzar —se levantó y pulsó un botón—. Póngame con mi casa —ordenó. Segundos después hablaba con Helen—. Ha venido Omar. Al fin apareció. Voy a almorzar con él. ¿A casa? Pues... —miró a su amigo—. Dice Helen que vayamos a almorzar con ella.

—De acuerdo, Eric.

—Bien, Helen, cariño. ¿Cómo andas con tu resfriado? ¡Ah, estupendo! Estaremos en casa a las dos en punto. Un beso. —Colgó—. Ya está. Helen nos espera.

* * *

—Deja tu auto ahí —dijo Eric, mostrando el suyo—. Tomaremos un aperitivo en una cafetería. Después de almorzar volvemos aquí y lo recoges.

—Hoy he traído chófer. De modo que él lo llevará hasta tu casa y me esperará allí. Tengo mucho que hacer en Manhattan. Y no retomaré a Nueva Jersey hasta dentro de una semana —se acomodó al lado de su amigo después de dar órdenes concretas a su chófer—. Veamos la novedad, Eric, porque parece ser que existe, ya que eso de que no coinciden los caracteres de tu hermana y de tu mujer, es cosa vieja.

—¿Sabes lo que te digo, Omar? Debí dejar a Nona en Ginebra. Cuando falleció nuestro padre y me vi con todo el lío que me había dejado en herencia, lo primero que pensé fue alejar a Nona. Seguramente que hice mal. La soledad de un pensionado, la falta de comunicación familiar, ¡qué sé yo! Yo quiero a mi hermana, pero también quiero a mi mu-

jer. Cuando falleció nuestro padre, recuérdalo tú, yo ya era novio de Helen. Nona tenía diez años mal cumplidos. Sin embargo, ya era adusta, y miraba a Helen con mala expresión. Nunca fueron amigas. Más bien diría que fueron enemigas desde el principio. ¿Consecuencias? Nona quiso estudiar ingeniería en Nueva York. Y para acá me la traje, como sabes...

Omar hacía gestos asintiendo, pero entendía que sobre el particular casi sabía él más que Eric. Y es que siempre estuvo muy pendiente de la niña que crecía y se hacía mujer. Desde que se soltó la coleta, desde que se quitó los calcetines y se puso medias. Desde que su busto liso se fue redondeando...

Pero valía más callarse todo aquello. Si nunca lo había dicho, ¿a qué fin decirlo en aquel instante en que su amigo desahogaba con él sus penas y sinsabores?

—Nona es como esto —y Eric golpeaba la portezuela de su auto—. Dura, fría, insensible. Helen hizo cuanto pudo para atraerla pero nunca consiguió nada, y ahora, menos aún.

—Pero Nona se casará y se irá...

—¿Casarse? ¿Pero es que no sabes que el buena pieza de su novio se largó?

—¿El novio? —y a Omar se le ponía como un nudo en la garganta y la voz le salía enronquecida—. ¿El novio?

—Bueno, si a eso se le puede llamar novio... Pues sí, ese novio se largó de la noche a la mañana. Aún no se sabe quién dejó a quién. Nona no habla. Es la persona más silenciosa que yo he conocido. ¿Por qué razón? Siempre fue así, como un pozo sin fondo... pero ahora es una laguna cenagosa, cuyo fondo no se atisba ni acercando la cara al agua. Yo entiendo —parecía hablar a solas, como dándose razones a sí mismo. Omar sabía muchas cosas de las que estaba diciendo su amigo; otras las estaba conociendo en aquel instante— que para Nona no es piafo de gusto saberse sin un dólar. Mi padre dejó deudas al morir, y yo me

las vi y me las deseé para pagar su pensionado en Ginebra. Ella, aquí, me ataba de pies y manos y yo no podía olvidar que le llevaba diez años. Que ella tenía nueve a todo lo más, y yo veinte, novia y un lío comercial de envergadura. Pero qué te cuento a ti, si todo eso ya lo sabes...

Omar encendió un cigarrillo. Fumaba con fruición. Prefería fumar que responder. Claro que sabía todo aquello, pero ignoraba que el novio de Nona hubiese cortado con ella o que Nona hubiese cortado con él.

Y eso era de suma importancia.

—Dejaré el auto aquí. Hay libre un hueco. Entraremos a tomar algo. Es una cafetería céntrica, pero a estas horas no está muy concurrida.

Salieron ambos del auto. Eric, nervioso por cuanto acontecía. Omar, deseoso de saber lo que aún ignoraba.

—Estoy metido en un lío, Omar. Te aseguro que jamás he sufrido como ahora y calladamente, porque si Helen es mi esposa, Nona es mi hermana. Solo tiene diecinueve años. Además, es compleja, silenciosa; yo diría que muda. ¿De qué hablaría con ese novio que tuvo?

—Pero dices que tuvo. Hablas en pasado...

Eric asió a Omar por un codo y le empujó blandamente hacia un rincón de la lujosa cafetería.

—Allí tenemos una mesa. Está aislada. En estos días que has estado ausente sucedieron cosas raras, y como Nona nunca cuenta nada de su persona, pues ahí la tienes. Muda como una muerta. Pienso que hasta no va a la facultad. Sí, sí. No me mires con asombro. Por supuesto, no veo a su novio por parte alguna. No sé si lo dejaron definitivamente, pero si sé que no lo veo, como antes, pasar a buscarla. Para enterarme de quién era, bien sabes que hice averiguaciones, porque Nona nunca suelta una palabra al respecto. Era estudiante de ingeniero de último curso. Y ahora me pregunto si habrá terminado y se habrá ido, o si volverá.

—Pero... ¿por qué no le preguntas directamente?

—Mira, Omar, mira. Bien sabes que Nona no es fácil de entender. Vive en nuestra casa como si viviera en un hotel. Su cuarto, la calle, los libros, la facultad... Gasta lo menos posible. Yo le paso una mensualidad. Casi siempre la deja sobre el tocador, y solo toma lo que necesita. A final de mes, cuando le pongo otra mensualidad, tiene aún la mitad de la anterior. Es así de arrogante. Ya sé que puedo dotarla, y lo haré, pero se me antoja que cuando se case, si se casa, me dirá que no necesita nada. Tampoco me extrañará si un día agarra su maleta y me dice adiós. Dado su modo introvertido de ser, me extraña que aún no lo haya hecho. La considero capaz de pasar hambre antes que depender de nadie.

—Pero el caso es que está dependiendo.

—A su manera. Que no es talmente una dependencia, ya que vive con su hermano millonario y su cuñada ídem, y tal se diría que nos paga la pensión. En fin, que no me asombran las rabietas que pilla Helen. Tanto ella como yo, y eso lo sabes de siempre, hicimos lo posible y lo imposible por acercarnos, por tener comunicación... Pues, como si nada. Como comprenderás, yo no tengo la culpa de que nuestro padre falleciera dejando deudas y trampas y que Helen, junto con mi suegro, me ayudara a salir del atolladero...

—No creo que sea eso lo que atrapa a Nona en sí misma, Eric. Más bien pienso que la soledad del pensionado la hizo así. Es bellísima.

Eric lo miró, pero en seguida miró al camarero que les atendía.

—Dos *whiskys* —dijo.

Después encendió nerviosamente un cigarrillo. Omar le miraba parpadeante: solo él sabía lo que pensaba y lo que deseaba fervientemente saber en concreto.

2

—Bueno —comentaba Omar paladeando el *whisky* y sin dejar de mirar a su preocupado amigo—... Me dices que Nona y su novio no se ven.

—No. Hace por lo menos dos semanas. Justo a la semana de no saber dónde andabas tú, ese tipo llamado Harry West, estudiante de último curso de ingeniería industrial, no apareció. Y ella dejó de ir a la facultad.

—Lo cual nos indica que han roto.

—Yo qué sé. Un año de relaciones tampoco es tanto. Además, yo nunca pude saber si era un amigo, un romance o un futuro marido. Helen intentó sonsacarle. Y la respuesta de Nona, como siempre, fue muda. Si te digo la verdad, Omar, nunca la conocí bien. Ni de niña ni de adolescente. Tú sabes que cuando falleció mi padre, dejando todo aquel barullo comercial, yo ya cortejaba a Helen.

Cursábamos ambos el último curso de Derecho en la facultad.

—Sí, y os casasteis. Y como tu suegro era un supermillonario, te apreciaba, y como adoraba a su hija, te ayudó a levantar el castillo en ruinas. Y sé también que él último curso lo hicisteis ya casados.

—¿Qué podíamos esperar? Mi vida era un caos. Las fábricas textiles estaban embargadas; la mansión, hipotecada... —se pasó los dedos por el pelo con impaciencia—. Y una hermana de diez años que no se daba cuenta de nada. ¿Qué podía hacer? La llevé a Ginebra, a un pensionado carísimo, con el fin de quedar libre y trabajar con las manos sueltas y la mente lúcida.

Omar encendió otro cigarrillo.

—Tal vez lo que Nona no te perdonó fue que, una vez en pie, y ya sé que ayudado por tu suegro que en paz descanse, no la hayas traído a Nueva York.

—No era posible, Omar. Compréndelo. Yo me acababa de casar; Helen y yo colaborábamos. Mi suegro, bastante hacía que me proporcionaba los créditos y respondía por mí en los bancos. Y cuando todo cobró su ser, Nona era casi una mujer.

—Una mujer que traías a tu casa, ya opulenta y sin deudas, a pasar unas vacaciones... Pero ¿le pediste alguna vez que se integrara en tu hogar?

—No. Ella y Helen discutían siempre, o el silencio de Nona era ofensivo. ¡Yo qué sé, Omar! Cuando uno se casa tiene su propio hogar. El otro día le dije a Nona que el día que se casara la dotaría espléndidamente, y le hice saber también, una vez más, que papá falleció lleno de deudas y que gasté el sudor y el dinero de mi suegro en levantarlo todo.

—¿Y qué?

Eric bebió un sorbo y encendió un nuevo cigarrillo.

—Nada. Ni una respuesta; ni una mirada. El silencio más absoluto. Y ahora veo que no se casa. Que ese novio, romance, o lo que fuera, se evaporó.

—Bueno, también dado como es Nona, que nunca os explica nada, igual el novio se fue de viaje y vuelve para casarse.

—Eso es lo que no hará. Me lo dijo su doncella ayer mismo.

—¿Qué te dijo?

—Pues mira —bebió otro sorbo; parecía más nervioso cada vez, y Omar, más ansioso de saber—. Le dije: «Mey, cuando llegue el prometido de la señorita Nona, me avisa, pues deseo hablar con él». Y lo deseaba. Al menos, saber lo que no sabía por mi hermana. Entonces la doncella me replicó: «El señorito Harry no volverá, señor. Ha marchado a Brasil con contrato de trabajo. No habrá boda, señor. Han roto». Eso es. Han roto. Y Nona hace su vida de cada día, menos ir a la Facultad. Por lo visto, cuelga los libros, cuando ya tenía el primer año de ingeniería aprobado. ¿Qué puedo hacer ante un caso igual?

—Bueno, bueno, me parece que exageras. Vamos a ver, Eric. No creo que sea la primera joven que rompe con un novio y tiene otro un mes después. Lo malo es que tú estás prisionero entre dos fuegos. Tu mujer y tu hermana. Las quieres a ambas, pero, lógicamente, más a tu mujer, con la cual casi nunca has tenido un tropiezo.

—Pero a este paso lo llegaré a tener. Y el solo pensamiento de que un día Helen pueda pedir el divorcio me vuelve loco. Yo la amo como el primer día, pero Nona, en casa, nos está amargando la vida.

—Pero... ¿se mete con vosotros? ¿Os extorsiona? ¿Discute? Porque eso me lo has dicho muchas veces en estos años, y más desde que ella, a los diecisiete, se instaló definitivamente en vuestra casa. Pero jamás me has mencionado que Nona os entorpeciera la vida.

—Si no es eso. Es que no dice nunca nada. No participa. No convive. Es ajena a todo lo que la rodea. Es fría, altiva... arrogante.

—Un momento. Yo la conozco casi desde que te conozco a ti. Menos, claro. Bastante menos. Pero la conocí lo suficiente cuando venía de vacaciones. Cuando se iba haciendo mujer, cuando al fin se quedó definitivamente...

Eric, que iba a beber un sorbo, se le quedó mirando desconcertado.

—Hablas de Nona con mucho calor, Omar.

Omar, como pillado en falta, incluso enrojeció y bajó los párpados.

—Bueno, es muy bella. Y —aquí volvió a cobrar bríos—, muy sensible. Dentro de su mudez, yo la considero... muy emotiva.

—¿Emotiva? ¿Lo es contigo? Porque yo juraría que te ignora. Que jamás se dio cuenta de que existes.

—No tanto, no tanto. No es que haya tenido con ella una larga conversación, pero es correcta cuando habla conmigo, es cortés, es delicada.

—Oye, que no puede ser maleducada una persona que desde los diez años estuvo interna en el colegio más caro de Suiza.

—Otras hay que reciben una gran educación, y son groseras.

—No nos faltaba más que eso, Omar. No digas tonterías —y sin transición, levantando el puño de su impecable camisa—. La una y media. Será mejor que terminemos el *whisky*. Le dije a Helen que a las dos estaríamos en casa. Y Manhattan a esta hora punta parece un hormiguero. Pero no se movía. Omar, tampoco.

* * *

Más tarde, en el auto de Eric y conduciendo este, comentaba entre dientes:

—Es la situación más delicada que he vivido en mi vida. Tanto es así, que Helen me dijo ayer que ella o Nona. ¿Qué hago, Omar? Helen llora y se desespera. Ella siente afecto por Nona, ¿cómo no? Pero mi hermana no le corresponde en ningún sentido.

—Veamos, Eric; ¿por qué dices que no le corresponde? También puede suceder que Nona naciera así, y que no por ello se niegue al afecto hacia los demás.

—Hay cosas, y el afecto es una de ellas, que se deben demostrar.

—¿Riñe con tu mujer?

—¿Reñir? Pues claro que no. ¿No te estoy diciendo que, como siempre, vive como si pagara una pensión? No molesta, no pide, no niega... es un ser que vemos, pero que no sentimos.

—¿Y qué más desea Helen? Porque, si os diera guerra, si se pasara el día de portazo en portazo. Si os hiciera la vida imposible... Pero sigue como has dicho que siempre fue. Y yo te digo que creo ver en sus preciosos ojos verdes una vida interior... Una gran vida emotiva doblegada.

Eric casi frenó el auto.

—Oye, ¿qué te pasa a ti, Omar? Cuando hablas de Nona te saltan las palabras. Tal se diría que te brillan desusadamente los ojos. Es raro, Omar. Subconscientemente siempre noté eso en ti. Pero es ahora cuando más lo aprecio. ¿Qué sucede?

Omar encendió un nuevo cigarrillo. Eric, desconcertado, observó cómo los dedos de su amigo temblaban perceptiblemente.

—Omar... ¿es que estás enamorado de Nona? Porque, verás, algo raro notaba en ti, pero, de súbito, me vino a la mente, como un ramalazo y recuerdo de repente, que siempre, al hablar de Nona, te has comportado de una forma extraña. Soy hermano de Nona, sí, pero también soy tu amigo. Lo somos desde que éramos párvulos en un colegio de monjas. ¿Te has olvidado de eso? Aún recuerdo cuando a los veinte años me quedé sin padre y supe de mi ruina absoluta, y tú me ofreciste ayuda. Si no hubiese tenido a Helen y a su padre, hubiese tenido que aceptar la ayuda que me ofrecías.

—Déjalo así, Eric. Son cosas que... No has necesitado mi ayuda —añadió, aturdido, como si pretendiera desviar la mente de su amigo—, y has conseguido mucho más de lo que poseía tu padre en sus mejores tiempos. Hoy eres una